

tura de la IS hace gala de una amplitud de criterio que en cierto modo superaría la visión estrecha de considerar como identificada sin más esta organización socialista con el capitalismo reformista. De este modo hace notar que en la actualidad el término socialismo no tiene la misma precisión prístina que en la teoría marxista leninista, y que ha venido asociándose con una gran gama de posiciones ideológicas y prácticas políticas, haciendo posible utilizar el término para describir la práctica de la IS. Así, si por un lado es palmaria su preocupación por tener presente la interpretación marxista del análisis de la transformación social, por otro lado hay un reconocimiento de la complejidad del problema que superaría un cierto dogmatismo. En este sentido es significativa una afirmación sobre la socialdemocracia, según la cual ésta «no es sólo una corriente ideológica que deriva del marxismo y que en la práctica suele oponerse a varios niveles, sino que es el resultado de un proceso y de un largo período de la historia europea». Según la autora, sin aceptar esto no sería posible entender ni el eurocentrismo, que ha sido básico en la IS, ni la heterogeneidad de las fuerzas de que se compone la organización en la actualidad.

Bajo el epígrafe de «América Latina y la socialdemocracia europea» hay un análisis que va desde el rastreo de los primeros contactos hasta la época actual. Comienza por analizar América Latina y las primeras Internacionales, a lo largo del siglo que va de 1850 a 1950. De acuerdo con Cole y Foster, se recalca que América Latina no jugó un papel importante en cuanto al movimiento socialista hasta después de la primera guerra

mundial, siendo una región que pasó casi inadvertida por parte de la II Internacional. A continuación se analizan las relaciones entre América Latina y la socialdemocracia europea después de la segunda guerra mundial, tanto a nivel de lo que aquí se denomina «tendencias generales», como a nivel de la elaboración de una infraestructura «socialdemócrata», dentro de la cual se estudia el secretariado latinoamericano de la IS que va de 1955 a 1961, los llamados partidos populares, la célebre Fundación Friedrich Ebert (FES) y otra serie de observaciones generales que tratan de aclarar la función del «Movimiento Socialdemócrata Latinoamericano». La segunda gran parte del análisis sobre «América Latina y la Socialdemocracia europea» se refiere a la época actual partiendo del análisis de las relaciones de la IS con América Latina desde el golpe en Chile, por entender que esta fecha va a marcar una inflexión determinante en la preocupación de la IS hacia el contexto latinoamericano. Ello se verá reforzado con el acceso de Willy Brandt a la presidencia de la IS en 1976, que marcará un nuevo hito en la preocupación señalada.

La síntesis con la que se cierra este estudio comienza por reconocer un hecho que es ciertamente un reto intelectual y político; el de la complejidad en el tema de las relaciones entre la IS y América Latina, una complejidad que viene dada tanto por la propia historia y evolución de la IS como por los procesos peculiares de los respectivos países latinoamericanos en estos últimos años, y por la toma de conciencia generalizada de la identidad latinoamericana en estas mismas fechas. Y todo ello enmarcado en un contexto internacional que, lejos de

ser ajeno, va a condicionar estas relaciones, especialmente a través de las vías de las dos superpotencias, y de manera particular a través de la influencia y permanente presencia de la política norteamericana en la zona. Y así, le resulta obligado a la autora terminar con el significado de la figura de Reagan y su política en Latinoamérica.

Las últimas líneas son bastante significativas de la preocupación general que hay a través de este libro, haciendo notar cómo en los últimos años la IS en cuanto un todo, en circunstancias más bien favorables, ha mostrado cierta capacidad de desplegar una actividad político-ideológica progresista, tendiendo a favorecer diferentes luchas de liberación nacional. La autora quiere dejar abierto un interrogante que proviene del hecho, que aún no ha quedado demostrado, de si la IS es capaz de constituirse en una fuerza internacional progresista autónoma y permanente. Según ella el contexto de América Latina permitiría comprobarlo, y ahí su desafío es más que intelectual, es un planteamiento de acción política.

EL GUERRILLERO DE VARGAS LLOSA Y LA COLINA DE FLAUBERT

Javier Goñi

Mario Vargas Llosa.
Historia de Mayta.
Ed. Seix-Barral.
Barcelona, 1984.

He leído *Historia de Mayta*, la última novela de Mario Vargas Llosa, dos veces. La primera, con impaciencia y entusiasmo propios de iniciación adolescente; porque sí, porque Vargas Llosa pertenece, como unos pocos escritores más, a la biografía personal de uno mismo como lector. La segunda, con decepción y cierta irritación, porque los años no pasan en balde, ni para el autor, ni para el lector.

Alguien ha dicho, públicamente, con el ardor que le caracteriza, que nadie se ha atrevido a decir, públicamente, que *Historia de Mayta* es la peor novela de Vargas Llosa. A mí me parece irritante, como me pareció excesivamente fría *La guerra del fin del mundo* (para aquel resultado no merecía la pena tal esfuerzo).

¿Qué tiene de irritante *Historia de Mayta*? En primer lugar que la haya escrito Vargas Llosa, que es un triunfador y un profesional de la literatura, que vive para y de la literatura. Decía García Márquez que Neruda era como un rey Midas, que todo lo que tocaba lo convertía en poesía. Lo mismo le ocurre a Vargas Llosa: todos sus actos rezuman literatura, toda su existencia está dedicada a la literatura.

Es el caso también de García Márquez, amigos los dos inseparables hace años, rota la amistad hoy y cuyas vidas paralelas y contrapuestas son como el alfa y el omega de la espléndida literatura latinoamericana desde hace tres décadas.

Motivos ideológicos y personales (chismes al margen) rompieron una amistad, pero ambos están condenados a marchar al frente, cada uno

en su estilo, de la narrativa de aquel continente.

Y, sin embargo, qué diferentes son ambos. Yo mantengo la teoría de que la auténtica literatura, aquella que hace avanzar el mundo, es depositada por los dioses únicamente en las manos de unos pocos. Yo creo tener la convicción de que los dioses se fijaron en uno de los dieciséis hijos del telegrafista de Aracataca, en ese colombiano de rasgos árabes, autor de *Cien años de soledad*, pero también de *El coronel no tiene quien le escriba* (una obra maestra).

Pero hay otros escritores en quienes no depositan los dioses el fuego sagrado de la literatura y que se ganan a base de esfuerzo y de dedicación un primer puesto en esa literatura. Lo que tiene indudablemente su mérito. Es el caso, en mi opinión, de Vargas Llosa, que tiene maneras de alumno aventajado, de ser el primero de la clase a fuerza de romper codos.

Esto no está en contradicción con lo que decía en el primer párrafo: en mi biografía personal de lector, *La ciudad y los perros*, *Conversación en la catedral* (aquella tarde de agosto, a los veinte años, esperando a un amor que no acaba de llegar: el que llegó, y para siempre, fue Zavalita) y *Los cachorros*, dejaron una huella imborrable. De ahí esta queja, este lamento irritado de amante decepcionado.

El preámbulo viene a cuento de qué es difícil ser duro con esta última novela de Vargas Llosa. Y no por papanatismo cultural, sino porque (y soy consciente de la endeblez del argumento) Vargas Llosa no me es nada ajeno.

¿Qué decir, pues, de *Historia de Mayta*? En primer lugar que es un error, no político, que también, sino, sobre todo, un error literario. No es básicamente, como quiere el autor, una reflexión sobre el hecho de escribir. Es más bien un buen reportaje periodístico (y en esto no hay nada peyorativo, pero tampoco nada valorativo; estrictamente es eso: periodismo), que no quiere serlo, además.

Vargas Llosa juega con las palabras. Indagando en las andanzas de Mayta, ese pobre guerrillero troskista, que se empeñó en un imposible, el narrador, el propio Vargas, se entrevista con unas monjas comprometidas (¿es de recibo, hoy, en estos momentos, meterse de esa manera con Ernesto Cardenal?) y a una de ellas le dice que lo que está haciendo es una novela, no la historia real de lo sucedido.

La pregunta de la monja es evidente: por qué, entonces, tanto trabajo de investigación, por qué no mentir desde el principio. La respuesta del narrador es típica de discípulo de Flaubert: «Porque soy realista, en mis novelas trato siempre de mentir con conocimiento de causa».

Esto me parece importante. En la correspondencia de Flaubert, en una carta no recuerdo a quien (estoy citando de memoria), el autor de *Madame Bovary* cuenta que en esa novela había imaginado una colina y que la estaba buscando en la realidad para poder describir la colina imaginada. La realidad, así, apoyaba a la ficción.

Es lo que parece haber hecho Vargas Llosa. Desde su posición política actual —no hace falta decir que tan respetable como la contraria— las

utopías revolucionarias de los años cincuenta y sesenta ya no tienen sentido. Las libertades democráticas se deben conseguir en Latinoamérica poco a poco, de forma progresiva. Reforma, sí; ruptura, no.

Sentada esa premisa, se trataba de buscar en la realidad esa colina que él había imaginado, ese guerrillero que mostrara, con su comportamiento y su manera de ser, lo que él pensaba: que es un anacronismo creer en las utopías revolucionarias.

Y encontró su colina (ignoro si Flaubert tuvo la misma suerte) e investigó sabiendo que la verdad, la realidad, era una mera apoyatura, que Mayta iba a ser un perdedor nato, un pobre diablo con buena voluntad y nada más.

Aceptado esto, todo lo que se le echara encima era igualmente aceptable (al fin y al cabo estaba haciendo una novela, no una biografía hagiográfica, no una reconstrucción histórica de un pequeño movimiento insurreccional). Es un troskista de cierta ambigüedad política (alguien sugiere que fue manejado por la CIA), de conducta no siempre clara, es un «anormal» sexual, es un homosexual sufrante, tímido, poco arrogante, que suplica, que no consigue...

No hay heroísmo alguno en aquella acción política. Además, aquellos polvos trajeron estos lodos. El narrador está contando la acción en un momento concreto, finales de los setenta, principios de los ochenta, cuando la violencia más desatada se ha ocupado de su país, cuando los cuba-

nos y los soviéticos están a punto, desde una frontera, de invadir el país y cuando, desde otra, los «marines» se preparan a hacer lo mismo (no se sabe muy bien en calidad de qué: de invasores o de salvadores).

Y todo esto desemboca en un capítulo final sorprendente, típico de un profesional de la literatura como Vargas Llosa: el autor se encuentra con su personaje y dialogan y el personaje no es como hasta entonces lo ha descrito el autor. Pero no importa: «En una novela siempre hay más mentiras que verdades, una novela no es nunca una historia fiel» (pág. 320). Menos mal.

Desde el punto de vista formal, y para quien ha utilizado con acierto procedimientos expresivos innovadores y eficaces, las audacias expresivas de *Historia de Mayta* son bastante bajas en nicotina. Utilizar un tiempo para el pasado, que es el presente de Mayta, y otro para el presente del narrador, mezclar uno y otro, con cierta dosis de suspense, son recursos fáciles de escritor de oficio.

¿Qué es, en definitiva, *Historia de Mayta*? Una novela fallida, un error: una novela fallida de un gran novelista y un error en una espléndida trayectoria literaria, que hay que recorrer hasta el final. Un error que Vargas Llosa corregirá sin duda. Los grandes narradores como él cometen errores como éste para que el lector conserve en la memoria lecturas pasadas. A quien ha escrito *Conversaciones en la catedral* se le puede perdonar —excusas por la arrogancia— *Historia de Mayta*.

EL FUTURO Y SUS ALTERNATIVAS

Miguel Porta Perales

Raymond Williams.
Hacia el año 2000.
Crítica. Barcelona, 1984.

VV. AA.
Futuro Global. Tiempo de actuar.
Siglo XXI. Madrid, 1984.

Jost Herbig.
El final de la civilización burguesa.
Crítica. Barcelona, 1983.

Empiezan a sentar plaza y a cobrar ciertos visos de verosimilitud las tesis que afirman que el crecimiento económico —en el sentido capitalista del término— está tocando a su fin. A los primeros avisos dados por Colin Clark (*El mito del crecimiento económico*), Mishan (*El costo del crecimiento económico*) y por el informe, encargado al MIT por el Club de Roma, y dirigido por Meadows (*Los límites del crecimiento*), hay que unir el informe conocido con el nombre de *Global 2000*. A estas obras, que de una u otra forma constituyen la «prehistoria» del tema (y no sé si ya del género), hay que sumar una ya extensa lista de informes y trabajos que han inflado considerablemente la nómina de autores que se dedican a tratar el tema de los límites del crecimiento, del futuro que nos aguarda y de las posibles alternativas. De entre esta larga nómina de autores y trabajos conviene proceder al saludable ejercicio de separar